



FOTO: Adobe

SILENCIOS DE SAL Y ARENA: LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN LA GUAJIRA

La Guajira, hermosa novia del mar caribe donde el alma del mundo parece latir más lento, donde el viento no solo arrastra la arena, sino también el dolor contenido de generaciones enteras. **La Guajira, tierra de luz incandescente y silencios profundos, guarda entre sus dunas una herida abierta: la violencia contra las mujeres, que no siempre golpea, pero casi siempre hiere.**

Ser mujer en La Guajira es, a menudo, habitar una frontera invisible entre la fuerza y la fragilidad. **Es crecer aprendiendo que el cuerpo no siempre es propio, que la voz se modula para no incomodar, que la libertad es un privilegio esquivo. Y aun así, las guajiras caminamos er-**

guidas. No porque el camino sea justo, sino porque hemos aprendido a resistirlo.

En los relatos íntimos que no llegan a los informes, en los patios donde se hilan mochilas y se cuentan historias al atardecer, en los ojos de una niña de trece años que ya es madre, se esconde la dimensión real de esta violencia. **Es un hilo invisible que atraviesa la vida diaria: la niña que no vuelve a la escuela porque la “entregaron”, la mujer que calla porque denunciar es más peligroso que aguantar, la abuela que susurra a sus nietas que tengan “paciencia”, como si el dolor fuera un rito de paso femenino.**

Las instituciones, cuando llegan, lo hacen tarde y con prisa. El lenguaje de la asistencia se pronuncia con acento externo, como si nombrar la desigualdad fuera suficiente para sanarla. **Pero la realidad es tozuda: ¿cómo se empodera a una mujer sin tierra, sin agua, sin ley que la escuche, sin camino que la lleve a ninguna parte?**

La violencia de género en La Guajira no es solo física o legal. Es estructural, ancestral, a veces ritual. Se disfraza de tradición, de jerarquía, de respeto mal entendido. Pero también es íntima, cotidiana, casi invisible; una mirada que oprime, un mandato que no se cuestiona, un destino que se asume como inevitable.

Y sin embargo, en medio de ese desierto, florece algo más fuerte que la desesperanza, la dignidad. Porque nosotras, las mujeres guajiras, incluso cuando todo nos empuja a rendirnos, nos negamos. Y en ese gesto silencioso, casi imperceptible, estamos gestando otra Guajira; una donde el respeto no sea una excepción, sino la

regla; una donde no se necesite coraje para ser libre.

Imaginemos por un instante la escena final de esta historia aún sin justicia: una mujer wayuú, de pie al borde de la línea del horizonte, la manita ondeando al viento, los pies firmes sobre la arena caliente. El sol cae lento, la luz dorada enciende el perfil de su rostro. No habla. No grita. Mira al frente.

Y en ese silencio, más elocuente que cualquier discurso, algo cambia; no en la tierra, aún reseca; no en el Estado, aún ausente. **Cambia en nosotros. Porque entendemos, por fin, que no basta con ver el paisaje, hay que escuchar el eco de quienes han sido silenciadas.**

El cine de la realidad no termina en esa imagen; apenas comienza. **La pregunta es si seremos solo espectadores... o parte del guion que aún se está escribiendo...**



DINHORA LUZ SIERRA PEÑALVER